

EL DUENDE. N. 7.

Es preciso que suceda quanto vemos que sucede; pero tambien es preciso que el Gobierno lo remedie pronto.

En la crisis en que una nacion va á constituirse de nuevo, todos pueden ser útiles á la causa pública: mas por desgracia siempre sucede que entre los que con sinceridad buscan el bien general hai muchos que prefieren el particular, y otros que se mantienen indiferentes. En tales circunstancias la ciencia de los que gobiernan consiste en aprovecharse de la recta intencion de los primeros, confundir á los segundos, y obligar á que pronto y por precision se decidan los indiferentes. Veamos como puede conseguirse.

La frugalidad, la sencillez de costumbres, y el ejercicio de las virtudes elevan los pueblos á un grado de prosperidad capaz de infundir temor á unos vecinos y respeto á otros. Los primeros procuran humillar la naciente gloria de aquel estado, los segundos buscan su alianza, y la nacion que se ve objeto de la envidia de unos y del aprecio de otros, se une á estos, y aspira á que la obedezcan los que ya la temian. Esta es la época de las conquistas y el esplendor nacional, pero tambien es la época en que por todas partes brotan los abusos, y en que el beleño de la abundancia adormece á todos. Juzgan que la felicidad se ha establecido para siempre en aquel dichoso pais, y entregados á disfrutarla no ven que ciertos individuos y aun ciertas clases enteras que, por decirlo así, se apartan de las demas y forman una sociedad separada, creandose un bien particular, van poco á poco realizando su

yo
sistema, hasta que llenas de orgullo consiguen oprimir al inocente pueblo de cuya docilidad ó descuido abusaron para engrandecerse. El tiempo va consolidando este edificio moral: los niños crecen obedeciendo al déspota y respetando á sus satélites: creen libertad la que es verdadera esclavitud, llaman tranquilidad pública al silencio con que todos obedecen, y no ven que esta sumisión es el efecto de aquella mano de hierro que ha tomado demasiada preponderancia y sabe confundir de un golpe al que se atreve á clamar contra la violencia. Las naciones vecinas miran con gusto como se debilita la fuerza física y moral de aquel pueblo antes tan terrible, y entre ellas no falta alguna que aspire á incluirle en el número de sus vasallos. Entonces aquel oprimido pueblo se acuerda con dolor de sus antiguas glorias, y ó tiene que ceder á un orgulloso conquistador, ó si su caracter es incapaz de humillarse vilmente al dominio extranjero, hace un generoso esfuerzo para sacudir las nuevas cadenas; Pero como ha de lograrlo, si primero no rompió las que en su mismo seno se fraguaron? ¿Como ha de vencer al enemigo que viene de fuerza, si no destruye antes los contrarios que tiene entre los mismos compatriotas, si no aniquila á aquellos que causaron el desorden, y abrieron el paso á las tropas del conquistador dándole ocasión de que viese posible el logro de sus designios? Este es el objeto de las resoluciones que son precisas para que cualquiera nacion retroceda desde el oprobio á la gloria, y desde el estado de esclava al de Señora de sí misma. Sin duda es cruel este remedio; pero no hai otro. Terrible es, y muy probable que la medicina sobre un efecto contrario al que se desea, pues las pasiones hallan abierto el campo para la lucha; se rompen todos los vínculos de la sociedad, viene la

51
anarquía, el desorden, los horrores... ¡Infeliz generación, la que tiene que presenciár tales escenas!

Pero por fortuna se ve que las naciones conservan en su revolución mucha parte del carácter que las distingue. No citaré los ejemplos de Holanda, Inglaterra, ni los Estados unidos, y me ceñiré á recordar la revolución francesa, comparandola brevemente con la nuestra. En aquella se vió un pueblo novelero correr sin discernimiento en pos de todo lo que le ofrecía brillo, novedad y falsa gloria. Todo quería mudarlo de un solo golpe; forma de gobierno, prácticas religiosas, hasta el nombre de los dias y la distribucion del calendario. ¡Qué ridiculez! ¡Quanta sangre se vertía por estas y otras necesidades, que poco á poco iban erigiendo el trono de un despota, cuyo dominio debía de ser mucho mas duro que el de aquellos reyes que tanto les habian disgustado! No es extraño: la Francia abrigaba en su seno hombres de todas creencias: la moral pública estaba muy corrompida: la mayor parte de la nacion era impia por sistema, viciosa por costumbre, y por exemplo: ¿qué habia de producir sino crímenes, y qué podia esperar sino ruína efectiva despues de momentaneas glorias?

Pero quan diverso es el carácter de nuestra sagrada revolucion! El español ostigado mas por la perfidia de un falso amigo que por las quejas que tenía de su gobierno, levanta el grito de la libertad; pero de una libertad qual corresponde á hombres juiciosos. No quiere ya ser esclavo de los caprichos de uno; pero se jacta de ser subdito de las leyes. Conoce que la soberanía reside en el pueblo; pero está pronto á depositar el exercicio de sus funciones en la persona de su amado Fernando. Por último, sabe que hai abusos y los busca para corregirlos; pero sin pretender innovarlo todo. ¡Oh pue-

blo constante y generoso! tu moderacion y tus virtudes te daran un lugar mui distinguido en la memoria de los hombres buenos de todos los paises!

Se concluirá.

Critica del papel titulado. Diarrea de las Imprentas.

Mutato nomine, de te fabula narratur.

¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué papel tan asqueroso! ¡Puff! ¡Como apesta la metáfora! ¡Diarrea! ¡Qué hediondez! ¡Qué haya escritor de tan mal gusto que nos quiera obligar á taparnos así las narices! Vamos, estas gentes son el Barrabás! No diré yo diarrea; pero fluxo de escribir los egoistas y antiliberales, lo hai sin duda alguna. Bien conozco yo que este será uno de tantos sacristanes: bien lo conozco, por mas que se disface. Por ahí andan vagando, hechos unos abates consucentro negro, sus casacas obscuras, y sombreros de tres picos... Como unas lomas son. ¡Valgate Dios por haraganes! ¡Qué bien les sentaria un fusil! Introduccion llama á su harenga. ¡Qué necio! si no hai mas que un discurso pelado ¿que introduccion, ni qué calabaza? ¿tropezando empiezas, torpe? Burlase esté médico de los derechos imprescriptibles del hombre. ¡Ah! egoistas hipocritas! Bien os conozco. Quereis que seamos siempre esclavos, brutos, y preocupados, para... Quereis remachar mas y mas las cadenas... No, no. Ya no mas, no, mas tiranía... Despues de mofarse, de un modo indigno, hediondo, é indecoroso, de que en Cádiz se escribe con franqueza y libertad, dice que este clima ha sido siempre análogo á la constitucion española. ¿Qué constitucion es esta,

señor cuervo? ¿Donde está nuestra constitucion? ¿Quedar las cosas como estaban es constitucion? ¿Forman nuestra constitucion los desordenes, los abusos, los caprichos de los Gobiernos anteriores que nos han puesto á los pies de los caballos? ¿Forman la constitucion de la España los males que ustedes (los amigos de la tiranía) no quieren que se remedien?

Los males que el Redactor, el Semanario, el Conciso, el Duende, desean evitar á la presente y futuras generaciones? ¡Ah! monigote, monigote! ¡qué linda alhaja es usted! ¿No se ha de formar la opinion pública? ¿No nos hemos de matar para probar que la facultad de hablar y escribir no se le debe limitar al hombre? Ya se ve, usted se agarra del jamon, alimento sano, excelente, y muy agradable. ¿Qué buenos jamones se habrá tirado usted por ahí al ciuto, abate mío! Carguense los cañones con derechos imprescriptibles, dice este infatuado, y veamos si el enemigo se alija. ¿Y no será mejor cargarlos con sacristanes y otros avechuchos inútiles en la sociedad? Ha encontrado un arbitrio para ganar dinero, el hambre... En efecto, *duri sacra fames quid non mortalia pectora cogis?* por ganar dinero hasta los monigotes se hacen escritores, y nos embocan Diarreas para apestar á todo el mundo. Debieron algunos jóvenes, dice luego, robustos haberse aplicado al noble exercicio de las armas. Esa carta te escribo, sacristan. *Mutato nomine, de te fabula narratur.* ¿Quien mejor que tú para tomar el santo fusil? ¡te sentaría tan bien el uniforme con las medias y chaleco negro! Veamos como se explica mas adelante nuestro Galeno. Si habrán creído los escritores, dice, que á fuerza de papeles hemos de arrojar á los Franceses de España? Y yo digo ¿si habran creído este cuervo y los de su mala ralea que hemos de arrojar á los franceses y ser felices los españoles con la santa y suprema Inquisicion, con los grandes

abusos, y con las pesadas cadenas que quieren que conservemos? ¿Habrás visto avechicho semejante? Las leyes meditadas con la experiencia de quatro ó cinco siglos no pueden compararse con las que nosotros hacemos. ¡Cabal! ¡Vea usted lo que es! ¡yo no daba en ello! Las leyes, en teniendo quatro ó cinco siglos, son excelentes... porque quanto mas añejas... pues, como el vino... quanto mas añejas mucho mejor. ¿No es esto, sacristan?

Nada era tan facil como probar que muchos estritos comprendidos en la *Diarrea literaria* están atestados de heregias. Pruébelo usted pues, si es tan facil, señor monigote charlatan, que nadie está obligado á creerle sobre su palabra. El *Pueblo español* (está sí, que hace hoyo) seguirá gustoso en la estupidez y barbarie. De parte del pueblo español, señor sacristan, se le dan á usted muchas gracias por el favor. Estamos muy satisfechos y agradecidos por la honra que quiere dar al pueblo embrutecido. ¡Medrados estamos, por vida mia, en boca de estos entes! ¡Ah! cuervos, cuervos! Bien dice el refran: cria cuervos y te sacarán los ojos.

Hablamos mal de nuestros mejores Generales, murmuramos del Gobierno. Esto es una lastima. Mejor seria que adulasemos como en tiempos de la Paz. Me acuerdo de cierto sermon que no tenía nada de moral, y en el estilo se parecia á la *Diarrea*. Si será de usted! En tal caso le diría.

Quien con pujos ensalzaba
al favorito en su tierra,
quiere sepultar ahora
la libertad con *Diarreas*.

No se atreve nuestro médico á decir expresamente que se nos quite la libertad de imprenta, que tantas cosquillas hace á esta casta de paxaros; sin embargo allí ácia el principio dice que la libertad de im-

59
prenta detretada en un tiempo de revolucion y de trastorno ha debido producir y ha producido mayor número de efectos malos que buenos. ¿Qué seso, qué medio podrá tener un hombre que aventura semejante proposicion? Al Hospicio, al Hospicio con este sacristan, pues está visto que ha perdido la chaveta, quando dice: siga pues la libertad de la imprenta, y quiera Dios que no nos matemos unos á otros á puñaladas en mitad de esas calles; Esto sí, que se llama delirar!

No puede negarse que es graciosa la locura del Sacristan. Concluye su discurso ó su Introduccion (que para él todas son mantuas) proponiendo que conven-gamos todos en no comprar, ni leer papel alguno que no tenga los siguientes requisitos. Esta sí que es lógica! ¡Ay Condillac de mi vida y de mi corazon! Ven acá, monigote de Sátanas, ya que has estudiado las Sumu-las del P. Gaudin: dime, pecador. Sin comprarlos ni leerlos ¿como se ha de saber si son los papeles así ó asá? El que ha querido ver de que pie cojea tu papelito inundo, ha soltado primero tres reala-zos de vellon. ¡Qué se pongan á escribir para el pú-blico este y otros camuesos semejantes! Los requi-sitos son:

Respeto á la Religion Catolica Apostolica Romana... Bueno.

Obediencia al Gobierno legitimo que nos han dado las Cortes... Rebueno.

Un amor constante á Fernando septimo y al gobierno monarquico templado ó constitucional. Tatarabueng.

Respeto afectuoso al santo tribunal de la Inquisicion, reformado de algunos abusos, De todos, hijo mio, de todos, de todos.

Odio al Republicanismo y al Jacobinismo. En hora buena.

Odio á Napoleon y á todas las maximas de la nueva Francia. Aprobado.

Prudente adhesión á las reformas hechas con tino y madurez por la autoridad competente. Vamos conformes.

Respeto y cariño á nuestros mayores y á nuestras sabias leyes. Distingue tempora et concordabis jura.

Resolución firme de morir con las armas en la mano antes que sujetarse á Napoleon; Bravo, Sacristan! Bien dicho.

Afecto y agradecimiento á nuestros fieles aliados los Ingleses. Conforme. Conforme.

Después pone una nota en que quiere criticar la representación de las damas á Jorge III y unas reflexiones sobre la Inquisición que seguramente no son de su aprobación. Allí quiere decir algo; pero, valgame Dios, Sacristan! ;Qué intempestivamente está aquel intempestivamente!

En fin esta clase de gentes que ama la tiranía, no puede sufrir que los periódistas hablemos en favor del pueblo y sus derechos. Pero sepa tanto follón malandrin que las Cortes declararon libre la imprenta, no para que se apoyen los abusos, sino para que se critiquen, no para que se dexen al pueblo en sus errores y preocupaciones, sino para que se le ilustre con las luces y conocimientos de los siglos de filosofía. Sepan esos miserables egoístas hipócritas, escritores despreciables, alucinados y dignos de vivir entre los Hotentotes, que los periódistas seguiremos en nuestra empresa de combatir los errores, proclamar las ideas liberales y los derechos del hombre, aunque ellos rabien y se desesperen, y que lo haremos siempre baxo la salvaguardia de la lei protectora de la libertad de imprenta sancionada por la Nación representada en Cortes. El Daende por lo ménos siempre sigue en este proposito.

Cádiz 1811. Imprenta de Quintana.